

¡Con lo que ella ha sido para ese hijo!

Está pegada al teléfono esperando que su hijo llame. Se le hace raro. Por fin suena el dichoso aparato.

Mamá ¿A qué hora quieres que vaya a recogerte?

Cuando puedas, hijo, yo no quiero molestar. ¿Molestar? Se sorprende diciendo ¡Hasta qué punto ha llegado...!

Primero iré a por los abuelitos y luego pasaré a por ti. ¿A las doce te parece bien? Ya sabes que después de comer jugaremos a los regalos ocultos.

Estaré arreglada hijo. Y vaya si estoy arreglada ¡No lo sabes tú bien!

¿Decías algo mamá? Nada, hijo, nada. ¡Qué estaré esperándote!

A las doce menos cinco, puntual como ella le ha enseñado a ser, llama al timbre.

Mamá, te has olvidado de quitar la llave de la cerradura y no podía abrir

Perdona, hijo, ya sabes lo nerviosa que me pongo...

La besa, la abraza, le dice lo guapa que está y que el niño se ha quedado impaciente en casa esperándola. Encarnita no ha podido venir a buscarla. No hace falta que se disculpe, ella la conoce bien y sabe que ni muerta hubiera venido porque ya le ha dejado caer alguna vez que los taxis estaban para algo. Por el camino su hijo va acelerando, nervioso. No corras, hijo. ¡Aún le quedará por meter al horno el cochinillo! Como si lo viera. Seguro que ella le ha dicho que no piensa hacerlo ¡Que lo haga él, cuando vuelva!

Cuando llegan a la casa, ya están todos allí. La abuelita la recibe primero ¿Qué tal estás, Toñi? Esta mujer lo hace adrede. Le ha dicho cien veces que no la llame así. ¡Como podrá aguararla su marido! ¡Es un santo! Hola, Jose. El abuelito la ayuda, siempre tan cortés, a quitarse el abrigo. Tras la abuelita aparece el resto de la familia de su nuera: su hermano con una lata de cerveza en la mano, su cuñada y la hermana soltera de ésta. La besan. Le dicen que un año más y parece que el tiempo no pasara por ella. ¡Si ellos supieran! Se muerde los labios para no contarles el dolor de cadera que no le ha dejado pegar ojo en toda la noche. Su hijo se va directo a la cocina. Por muchas vueltas que le da, no entiende en qué se ha equivocado. Ni por asomo ella le educó para ser un mandilón. Su nieto, en cuánto la siente, baja corriendo de la buhardilla y le da un beso. Abuela, ¿me has traído de tu jamón? Sí cariño, ¿Cómo me iba a olvidar yo de mi único nieto? Ya se encarga ella de tenerle comprado lo que le gusta cuando su hijo le lleva a verla. Y anda que no disfruta su niño con el buen queso y jamón que le compra su abuela... El niño entra en la cocina a ayudar a su padre. Su nuera está jugando tirada en el suelo con su sobrina. ¡Para eso no le molesta la hernia de disco, qué casualidad! Se levanta con esa cara de caballo que la caracteriza y le da un beso sin tan siquiera rozarle la mejilla.

La casa está cambiada, han tirado el tabique del salón. No le había dicho nada su hijo. ¡Tiene tanto miedo a que esa mula se enfade, que se ha convertido en un cero a la izquierda! ¿Has visto, Toñi, qué bien ha quedado el salón? dice la abuelita. Mira, mira, ahora podemos estar más amplios cuando nos juntamos. Nosotros aquí lo pasamos muy bien, ¡Mario nos prepara unas cositas tan ricas! y después de comer echamos nuestra partidita.

¿Juntarnos?, ¿Querrá decir juntarse? Ya ha metido la pata, por mucho que le diga su hija a esta mujer le pierde tanto hablar... Parece que se ha dado cuenta de la cara que ha puesto su hija y disimula. La verdad es que tampoco nos juntamos tanto, no creas. Le carga de tal manera que logra sacarla de quicio.

Se fija en el mueble... ni en una de las fotos expuestas está ella. Ya lo dice el refrán: ¡Más vale ser prima de la reina que hermana del rey!

Mamá, ¿te traigo las zapatillas para que no se te hinchen los pies? Pregunta su hijo. Y su nuera salta como un resorte que si las quiere ya se las pedirá, que ya es mayorcita... y ni que estuviera inválida. Y la abuelita la apoya, Encarnita tiene razón, Toñi, somos mayores pero no inútiles. Tenemos que hacer las cositas por nosotros mismos. ¿Por qué quién más tiene que callar, es quien siempre habla...? Precisamente ella, que se pasa el santo día llamando a su hija para que vaya a su casa a ayudarla. ¿O es que se creen que su hijo no se lo cuenta?

Sirven los primeros platos. Los canapés y entremeses antes de la sopita, ¡qué ricos! exclama la abuelita. Esta mujer se come hasta las piedras...y decía que hoy estaba inapetente. La niña la toquetea con las manos llenas de chocolatina. ¡Su falda nueva! Esta niña es una maleducada. Después se tira al suelo y les cuenta los pies cantando los números que sabe. Todos ríen con la boca abierta llena de comida menos su tía Sole, que la saca de debajo de la mesa y la pone a dibujar en la alfombra mientras los mayores comen.

Este niño cada vez se parece más a su tío, comenta la abuelita. ¡A ese gordo bruto!, por ahí sí que no pasa. ¡Pero qué dices! Si hubieras conocido a mi hijo a su edad, no dirías eso. Esos ojos añiles y esa boca son calcados a los de mi hijo. Qué no, Toñi, que no, que el otro día precisamente nos encontramos Encarnita y yo con una vecina de toda la vida y se quedó impresionada de lo igualito que era a su tío. La está cargando la vieja chocha...

Mamá, ¿quieres langostinos? Son especiales.

Ofrécele también a mi madre, ¿no? Replica Encarna.

¿Es que siempre tiene que estar buscándole las cosquillas esta chica? No hijo, me los han prohibido, ya sabes, el ácido úrico.

Pasa a los abuelitos el plato del jamón y la torta de queso, inquiera Encarna al niño. El niño protesta, el jamón es mío, pero obedece.

Exquisita, dice el abuelito, y el jamón, en su punto. La abuelita comenta que no le gustan los quesos tan fuertes. Lo que no le gusta es aflojarse el bolsillo, que sus buenas perras le cuesta a ella comprarlo...

Su nieto le pone la cabeza en el hombro. Acaríciame abuela. Se tira encima de ella. Su madre le regaña. Tan mayorzón y con esas tonterías. Siéntate bien o te vas a tu cuarto... Y deja de comer jamón que te vas a poner como una bola. La abuelita corrobora sus palabras Es verdad, si te están saliendo tetitas... El niño se enfada, refunfuña que le ha ofendido. Y ella interviene, no puede más. Pero jolines, dejadle que coma, no querréis que se vuelva un anoréxico de esos... Se calla por no decir un escuerzo de esos como su madre que tiene que pasar dos veces para que se la vea. La niña interviene. Ya empezamos, ya empezamos con los tacos, y la señala con el dedo acusica ante todos, pero su tía Sole la manda callar.

Mamá, aquí tienes tu pez espada con ajito y perejil. Seguro que ella le ha echado en cara que le haga algo especial. Y ya le habrá dicho que si la señoritinga de su madre no quiere cochinitillo, que no lo coma. No quiere que su hijo haga excepciones con ella pero detesta tanto el cochinitillo... La abuelita también quiere probarlo ¡Cómo no! ¡Y todo, claro! ¡Jesús! Cómo podrá esa vieja devorar así.

De postre su nuera saca relamiéndose el flan de café y nata que les ha hecho su madre. ¡Cómo iba a faltar el consabido flan de todos los años! Su madre, su madre. Lo que ella trae y les regala, ni nombrarlo.

¿Te sirvo un trozo, mamá? No hijito, gracias. ¡Ni loca, que se coma ella esa bomba!

La copita de champán, los brindis ¡Para brindis está ella! Hace de tripas corazón y bebe. Los dulces navideños y con el café empieza el juego. Dice que no le apetece jugar, que jueguen ellos y deja el paquete con el regalo que ha comprado encima de la mesa. Su nieto se le acerca, la abraza, le insiste. Anda, abuela, venga, vamos a jugar. Empieza tú. Tira los dados y saca dobles parejas de treses. Selecciona el primer regalo. Lo abre para que todo el mundo lo vea. Es algo horrendo, unos posavasos chinos. ¡Qué podía esperar del mal gusto de esta familiturria ¡Todos lo celebran, ella con poca expresividad, sonrío. El turno va corriendo hasta que se abren todos los paquetes. Y ronda a ronda empiezan a quitárselos unos a otros. Le toca a su nuera, saca dobles y aunque hay muchos más regalos: su figurita de Lladró, un lamparita, un ajedrez de cristal, un joyero..., le quita los posavasos. El juego es así y lo sabe, pero su cara demuestra lo contrario. El abuelito y Sole ya han conseguido dos regalos y le sugieren a Encarna que mejor se pida uno de los suyos. No sirve de nada. Varios turnos más, el juego está llegando a su fin y ella no ha vuelto a sacar dobles. Última ronda y por fin ella saca otra vez dobles y le reclama sus posavasos. Pero le vuelve a tocar el turno a su nuera y se los arrebató definitivamente. La abuelita alborozada, aplaude. ¡Esa mujer no se entera de nada! El abuelito y la tía Sole quieren compartir uno de los que han ganado con ella para que no se quede sin nada. Ella se lo agradece y rechaza su oferta. No tenía que haber venido, pero su hijo insistió tanto...

De vuelta a su casa, su hijo le pide que pase la Nochevieja con ellos y ella lo rechaza. No quiere agarrarse una pulmonía saliendo tan de noche... Entonces le promete que el niño y él vendrán a comer con ella en Año Nuevo. Y la besa ¡El beso de Judas! Bien sabe Dios que no se arrepiente... pero con lo que ella ha sido para este hijo y la de sacrificios que ha hecho por él...

